

discute, son como estiletes en heridas abiertas: así ocurre con *Los paracaidistas* de Gilles Perrault, que ha pertenecido a este cuerpo; explicación de un fenómeno doloroso, visto desde el interior. Daniel Mayer, presidente de la Liga de Derechos del Hombre, escribe a propósito de este libro: "Unos llaman cinismo, y otros franqueza, a lo que es esfuerzo de claridad hecho por el autor. Tentativa de equidad en la búsqueda de responsabilidad de la nación."

El sub-teniente, Emile Mus, muerto en campaña el 21 de julio de 1960, escribió unas cartas, que hoy publican las ediciones del Seuil, con el título de *Guerre sans visage*, terriblemente sinceras, cuya lectura da mucho que pensar.

Sin embargo, hay críticos como Michel Cournot que, en un sensacional artículo en *L'Express*, llama la atención sobre la responsabilidad de los novelistas que "se dedican a inventar sintaxis o se preocupan muy en serio sobre los problemas de la pareja amorosa", volviendo la es-

palda a los dramas colectivos, abandonando la tradición del Aragon de *Les beaux quartiers*, del Malraux de *L'espoir*, del Sartre de *L'âge de la raison*. Este "escapismo" explica (según Cournot) que libros sin ningún valor literario como la trilogía de Larteguy (*Los mercenarios*, *Los centuriones* y *Los pretorianos*) sean leídos multitudinariamente, porque tienen el valor del testimonio sobre aquello que preocupa y angustia a los hombres en el tiempo concreto que vivimos.

¿Verdad o error? Tengo para mí que no sería extraño que, en plazo no muy largo, se pidan serias responsabilidades a quienes se titulan novelistas. Pero ésta es otra historia, más sutil y menos urgente. Ahora se trata del ser o del perecer de la cultura frente a la barbarie. ¿Que si esto es tema cultural? Pero ¿han visto ustedes algo más "cultural" que impedir que otra vez humeen las piras de libros en Europa?

[París, enero 10 de 1962]

Carta de España

Por nuestro CORRESPONSAL

La crisis grave por que atraviesa el teatro en España, y a la que se alude con frecuencia en los periódicos ¿es crisis de autores o de público? No parece que haya que dudar en la respuesta. No es el público el que falla —como lo prueba el rotundo éxito de *Divinas palabras* de Valle Inclán, al que me he referido en otra crónica— sino los autores. Sin duda que las trabas y limitaciones de la censura oficial para que los autores aborden ciertos temas o se expresen con un lenguaje en libertad, influye en la escasez de autores dramáticos que hoy lamentamos en la escena española. Un autor joven y ya maduro, como Alfonso Sastre, tiene prohibidas varias de sus obras. Otro joven autor, Lauro Olmo, que obtuvo el pasado año el premio Valle Inclán de teatro, ha visto también prohibida su obra premiada. Si a ello se añade que los empresarios no suelen arriesgarse a estrenar obras de autores noveles desconocidos, por el temor a un fracaso económico, y prefieren dar al público piezas extranjeras que llegan rodeadas de gran fama —obras de Anouilh, de Tennessee Williams, de Marcel Achard, de Arthur Miller—, o comedias cómicas de autores conocidos, que tienen asegurado el éxito, se comprenderá que el teatro español actual sufra un estancamiento casi completo, y que la revelación de nuevos autores con nuevas ideas y situaciones dramáticas sea difícil. Si se exceptúa a Antonio Buero Vallejo, el mejor dramaturgo español de hoy —que nos dio el pasado año ese retablo admirable de la vida de Velázquez que son *Las Meninas*— y algún intento logrado de Alfonso Sastre, el resto de la escena española actual es teatro de humor, muy bueno a veces en algunas comedias de Miguel Mihura, de José López Rubio, de Alfonso Paso, pero en gran parte viejo y deleznable teatro que sólo se propone provocar la carcajada en el espectador utilizando los medios más gastados y añejos.

Todo ello explica que los directores

de escena acudan a los grandes autores extranjeros, de ayer o de hoy. Entre esos directores, destaca José Tamayo, que en plena juventud —tiene poco más de cuarenta años— es hoy el director más cotizado de España. Al frente de la compañía Lope de Vega, ha realizado campañas brillantes, y hoy dirige dos teatros en Madrid: el Español, patrocinado por el Ayuntamiento madrileño, y el Bellas Artes, de empresa privada. A José Tamayo debemos el único acontecimiento dramático digno de mención con el que ha terminado el año de 1961 y ha comenzado 1962: el estreno en el teatro Español de la versión de *Hamlet* realizada por nuestro mejor dramaturgo actual: Antonio Buero Vallejo. Había mucha curiosidad por conocer esta versión personal de *Hamlet*, hecha por Buero con un criterio bastante independiente, y no siempre absolutamente fiel al original. Mi opinión, después del estreno, es que esta vez no han acertado ni Buero ni Tamayo, y tal parece ser lo que expresa la reacción del público y de la crítica. En esta nueva versión del famoso drama de Shakespeare, ha sorprendido el talante excesivamente irónico y cínico que se ha dado a *Hamlet*, quien en su famoso diálogo con Ofelia aconseja a ésta, después de decirle que no la ama, que se encierre, no en un convento —como han traducido hasta ahora todos los traductores del drama— sino en un burdel. "¡Vete a un burdel!" grita repetidamente *Hamlet* a la dulce Ofelia con una crueldad que no podemos perdonarle, ni aun sabiendo que se hace el loco. Parece, sin embargo, que no faltan filólogos que sostengan la tesis de que la palabra inglesa usada por Shakespeare, *nunnery*, significa tanto un convento de monjas como una casa de prostitución, y esta segunda interpretación es la que ha preferido Buero, quizá inspirado en el ensayo sobre *Hamlet* que publicó hace años Salvador de Madariaga, en el cual Ofelia no es el dulce

personaje de pureza virginal que hemos creído siempre, sino una jovencita algo ligerilla de cascos, y en secretas relaciones íntimas con el príncipe *Hamlet*.

En todo caso, la crítica ha reprochado al director de escena el recargado barroquismo de la decoración, y al actor que ha interpretado *Hamlet*, Adolfo Marsillach, la excesiva gesticulación y el aire demasiado cínico e irónico que ha dado al papel. Marsillach se ha defendido de estas acusaciones alegando, en unas declaraciones a un periodista, que él ha querido hacer su versión personal de *Hamlet*, la cual no tiene por qué ser igual a las anteriores, y que la suya no es desde luego una versión romántica, sino todo lo contrario, cínica, del personaje. Existe, desde luego, un mito del *Hamlet* romántico, en el que no es obligatorio creer hoy, sobre todo después de saber que *Hamlet*, en su realidad histórica, era gordo y algo cínico, en efecto. Si no creemos ya en los mitos, no podemos negar a Buero Vallejo el derecho a haber destruido el mito del romántico *Hamlet* y de la dulce y no menos romántica Ofelia. Aunque no será fácil convencer al público de que esos dos héroes de la famosa tragedia de Shakespeare sean, en el fondo, dos bribones.

*

El nuevo año literario y artístico ha comenzado en Madrid sin gran brillantez, como si le costara trabajo subir la tradicional cuesta de enero, que alude a las dificultades para superar económicamente ese primer mes del año, tras los gastos más o menos copiosos de las pasadas fiestas navideñas. Que la crisis actual del teatro en España es grave —no la crisis de público, sino de autores—, lo demuestra el hecho de que en este momento los dos teatros nacionales, patrocinados por el Estado, están dando repertorio extranjero: clásico —el *Hamlet*— en el teatro Español; moderno —*La loca de Chaillot*, de Giraudoux— en el escenario del María Guerrero. Y éstas no son las únicas obras extranjeras que se representan este mes en los teatros madrileños, que ofrecen también *La idiota* de Marcel Achard, *El poder y la gloria* de Graham Greene, *Hay alguien esperando* de Emily Williams, y *El abogado del diablo* de Morris L. West. Pero sin duda el estreno más importante ha sido el de *La loca de Chaillot*, la bella obra póstuma de Giraudoux, que se estrenó en París el año 1945, ya muerto el autor. Confieso que fui al estreno con cierto prejuicio. Conocía la obra y la admiraba, pero temía que el público madrileño actual no supiese captar esa poesía sutil, esa fina ironía que encierra la magnífica farsa de Giraudoux. Pero afortunadamente me equivoqué. El éxito ha sido total y entusiasta, gracias, sobre todo, a la maravillosa dirección de José Luis Alonso, que se ha apuntado un nuevo éxito en su carrera de director. A pesar de su juventud —debe tener poco más de 30 años— José Luis Alonso es quizá el mejor director que tiene hoy la escena española. En un par de temporadas al frente del teatro María Guerrero, ha dirigido con arte ejemplar obras tan distintas como *El jardín de los cerezos* de Chejov, *El rinoceronte* de Ionesco, *Los anzuelos de Fenisa*, la deliciosa comedia de Lope, y *Eloisa está debajo de un almendro* de Jardiel Poncela.

Y en todas ellas ha logrado una representación perfecta, manejando a los actores de modo magistral, como ahora ha hecho con el medio centenar de personajes que intervienen en *La loca de Chaillot*.

Pero pasemos de la escena a los libros, y veamos las principales novedades literarias de estos días. En el campo de la novela, se habla mucho de *La mujer de otro*, de Torcuato Luca de Tena, que obtuvo el importante Premio Planeta, cuyo importe asciende a 200 mil pesetas (unos 3,330 dólares). Pero si esta novela está hoy en el centro de la actualidad literaria, no se debe, me parece, a sus propios méritos, que son escasos, sino al relieve que otorga ese importante premio, y sobre todo a la situación privilegiada del autor, que dirige la revista *Blanco y Negro* y es propietario, con su padre el Marqués de Luca de Tena, del diario *ABC*. *La mujer de otro* relata un caso de adulterio entre una mujer casada con un hombre de negocios, y un pintor que fue su novio en tiempos. El relato está llevado con agilidad y un estilo directo, pues Torcuato Luca de Tena es ágil periodista, pero ni la psicología de la pareja amante, ni el forzado desenlace de la novela pueden convencernos. Para que el adulterio, aunque ya consumado, no continúe, y los adúlteros puedan arrepentirse y regresar a sus hogares respectivos —pues el pintor también está casado—, Torcuato Luca de Tena ha inventado un personaje femenino de católica activista, que catequiza y salva almas para el cielo, y que se las arregla al final para separar a los amantes y que la novela termine santamente.

Más importante me parece la novela de Juan Antonio Zunzunegui *El premio*, que también acaba de aparecer en estos días. Se trata de una aguda y animada sátira de la vida literaria madrileña y de la abundancia de premios literarios que conceden hoy en España el Estado, ayuntamientos y empresas editoriales. Con su estilo característico, de frases cortas y abundante diálogo, Zunzunegui nos presenta una rica y variadísima galería de personajes del mundo literario, algunos de ellos tomados del natural. Como en casi todas las novelas de Zunzunegui, también en ésta logra el novelista vasco sus mejores aciertos en la sátira social y costumbrista y en la pintura de los tipos.

Pasando al ensayo, quiero destacar tres libros notables, los tres aparecidos en la colección Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral. Me refiero a *La juventud europea y otros ensayos*, de José Luis Aranguren, en el que este gran ensayista español define su actitud de católico liberal e inconformista frente a situaciones sociales y religiosas establecidas en la España de hoy; *La responsabilidad del escritor*, de nuestro inolvidable Pedro Salinas —el gran poeta y prosista muerto en los Estados Unidos hace ya diez años—, libro que se abre con una espléndida “Defensa del lenguaje” a la que siguen ensayos sobre la minoría literaria y sobre Balzac, entre otros; y finalmente, *La aventura estética de nuestra edad*, de Guillermo de Torre, que es una antología de sus ensayos más importantes, entre los que hay páginas sobre Picasso, Apollinaire, García Lorca, Unamuno, Machado, Ortega y Juan Ramón Jiménez.

Para cerrar esta crónica señalaré un

acto literario que ha tenido alguna importancia. La conferencia que ha pronunciado la escritora Rosa Chacel en la Asociación Española de Mujeres Universitarias, cuya tribuna es uno de los escasos refugios de la actitud y el pensamiento liberal españoles. Rosa Chacel ha regresado a España —por poco tiempo según parece—, después de 25 años de ausencia, durante los cuales ha vivido exilada, con su marido el pintor Timoteo Pérez Rubio, en el Brasil y en Argentina principalmente, donde ha publicado sus últimos libros, como la novela *Memorias de Leticia Valle*, *La sinrazón*, y *Teresa*, que es una biografía

novelada de Teresa Mancha, la amante del poeta Espronceda. Rosa Chacel, que antes de la guerra civil española se hallaba muy unida al grupo de Ortega y su *Revista de Occidente*, es hoy una de las mejores escritoras españolas, por la calidad de su prosa y la finura y profundidad de sus relatos. En su conferencia, Rosa Chacel ha hablado de la técnica de la novela y de su propia obra. Ha sido una confesión de interés biográfico y literario, que nos ha explicado la clave de una literatura tan rica en imaginación y en matices como es la obra de Rosa Chacel, escritora del linaje de Unamuno y de Ortega.

Carta de Estados Unidos

Por Manuel DURÁN

La noticia, difundida en estos últimos días por la prensa norteamericana, de que el fiscal de la ciudad de Brooklyn ha protestado públicamente contra los programas de televisión de Perry Mason, no ha causado ciertamente gran sorpresa entre los espectadores del país. En realidad todos esperaban que ocurriera tal crítica. Hace muchos años que Perry Mason viene ganando todos sus asuntos; ni uno solo de sus clientes ha sido condenado todavía, y el fiscal hace siempre, en tales casos, un papel bastante ridículo y desfavorable. La verdad es que si Perry Mason gana continuamente, alguien tiene que perder: en este caso es el fiscal. Pero todo ello nos lleva al tema, en cierto modo cultural e instructivo, del nivel de los programas de televisión en Estados Unidos, país donde esta industria ha sido calificada con la expresión que Marx reservó para la religión: se dice que la televisión es hoy el verdadero “opio del pueblo”. El Director Federal de Comunicaciones, Minnow, ha dicho que los programas actuales son “un vasto desierto”. La mayor parte de los intelectuales y artistas han criticado a la televisión en forma incesante, desde hace ya varios años. Las debilidades que se le toleraban al principio resultan hoy injustificables, ya que dicha industria ha entrado en la madurez, y cuenta con medios técnicos y financieros que le permitirían dar programas mucho mejores. ¿Por qué, pues, esta falta de calidad?

En primer lugar, no todos los programas son igualmente malos: hay incluso programas excelentes. Éste es el caso, por ejemplo, de los programas que difunde la Universidad de Michigan. En Cambridge, Massachusetts, hay también una magnífica estación cultural. La Fundación Ford patrocinó durante algún tiempo una serie excelente, titulada *Omnibus*. Pero son éstas más bien excepciones que justifican la regla. El hecho fundamental, que explica la baja calidad de un 80% de los programas, es simplemente éste: la televisión se encuentra dominada en Estados Unidos, como es bien sabido, por los intereses comerciales de los patrocinadores que pagan por los programas; a los cuales les importa ante todo que sus programas sean muy populares. Dan, pues, al público lo que el público les pide. E invariablemente el público pide dos cosas: “pan” y “juegos

de circo”, es decir, programas en que se reparten regalos (con la excusa de un concurso) y programas en que aparezca, en aventuras melodramáticas y sensuales, un héroe, un héroe de los que nunca pierden. Es posible afirmar paradójicamente que el héroe se ha transformado en el peor villano: que es él el responsable de la baja calidad de los programas, él quien los hace increíbles y absurdos. Como ha dicho Elaine Kendall, “la solución consistiría en humanizar a los héroes que ya existen, reducir sus dimensiones hasta que resulten manejables. Así los demás personajes tendrían también su oportunidad. Y eso es lo que necesitan: un poco de ayuda. Lo demás vendría sin dificultad. Pero no será fácil: el super-héroe se halla firmemente atrincherado en el bulbo de cátodo. Es fuerte y duro. Y está armado de pies a cabeza. No comprende que es humano equivocarse. No cabe esperar que sepa perder, porque nunca ha perdido hasta ahora.”

Volverse de espaldas a la realidad para identificarse con un héroe, que es lo que hace el público, es, naturalmente, transformar el arte en droga: aspirina, calmante, ecuanil o bien opio. Que eso es precisamente lo que es la televisión: una mezcla cuidadosamente dosificada (y administrada sin supervisión médica) de excitantes y calmantes, mezcla que llega acompañada de numerosos e insistentes anuncios comerciales, que al interrumpir el relato lo hacen todavía más absurdo e improbable. Esperar que cambie radicalmente esta situación sería utópico, puesto que depende de dos factores en apariencia inamovibles: el patrocinio comercial y la actitud del público. Cabe, en cambio, tratar de mejorarla parcialmente, apelando al sentido de responsabilidad de los elaboradores de programas, ya que al fin y al cabo la televisión es un servicio público sujeto a concesiones federales. Desde que empezaron las críticas del Director Federal, los programas de la Columbia Broadcasting han mejorado considerablemente. El año actual nos dará la solución: si la calidad sigue subiendo se habrá ganado una importante batalla en el campo de la cultura popular norteamericana.

Pasando a un tema cultural algo menos comercializado: la temporada de teatro en Nueva York ha empezado es-